

Imágenes de Isfahan, la bella Publicado en La Vanguardia. ANA M^a BRIONGOS. Julio 2001.

Deambulo por las callejuelas del bazar cubierto de Isfahan, llevo unas horas felizmente perdida y sin intención de encontrar, simplemente paseo y miro. Actividad por doquier, carretas y bicicletas me pasan rozando. Con el chador negro sujeto entre los dientes una mujer, que necesita sus dos manos para llevar las bolsas, se bambolea con su silueta acampanada. De pronto empieza el canto del muecín que invade el ambiente y apaga el barullo de voces, será ya la una menos cuarto, pienso. Un comerciante de joyas desde el interior de la tienda apila y retira las pulseras de oro del escaparate forrado de terciopelo rojo. Los hombres que pasan a mi lado se dirigen ligeros a rezar y desaparecen por una portezuela abierta entre tienda y tienda. Echo un vistazo a través de ella, veo un patio al aire libre, un estanque con grifos a su alrededor, un par de árboles cuyas copas de un verde claro recién estrenado se recortan en un cielo azul impoluto, estamos en primavera. Traspaso el umbral y me quedo mirando, nadie me dice nada, ni siquiera me ven. El goteo de hombres apresurados sigue entrando en el recinto, unos hacen sus abluciones, otros ya en fila, hombro con hombro, a pleno sol, de cara a la Meca, colocan las palmas de las manos abiertas detrás de las orejas como pámpanos blancos, en señal de rezo. Antes que empiecen con las reverencias vuelvo a la penumbra de la callejuela. Haces de luz por los que suben y bajan infinitas motas de polvo entran casi verticales desde los lucernarios de las bovedillas del techo y dibujan en el suelo cuadrados y octógonos claros, casi perfectos. Un mullah me adelanta airoso con su capa abrigo marrón y el turbante blanco, este no desciende del Profeta pienso, de lo contrario lo llevaría negro, me fijo en sus calcetines blancos y en sus zapatos puntiagudos de cordones, chafados por detrás, que calza a la manera chancla.

Salgo por la puerta que da a la gran plaza monumental, la luz me ciega. Un hombre con chaleco a rayas blancas y negras y gorro de fieltro me saluda. Bajtiarí, le digo, y me saluda levantándose el gorro con una sonrisa de dientes blancos y sanos, dieta de queso y yogur.

No cruzaré la plaza por en medio, hace mucho calor, el muecín ya ha enmudecido y los comerciantes han dejado por un rato su trabajo, la bordearé por los porches interiores. En la parte trasera de las tiendas de la plaza, a cubierto, unos comen acuclillados, otros están simplemente tendidos sobre una estera. Silencio y fresquito. Advierto que el martilleo de los orfebres del cobre también ha desaparecido y ha dejado como un vacío.

Me vuelve a invadir la luz cuando llego a la puerta de la mezquita del Sheik Lotfollah y me quedo admirando los magníficos mosaicos azules con filigranas de colores de su fachada. Un mullah desde el interior me mira con ojos penetrantes y una sonrisa entre socarrona y severa mientras cierra la puerta de la mezquita.

El sol cae a plomo sobre la plaza vacía, sólo un grupo de muchachas con sus pañuelos negros se pasea por el borde de los parterres. Una moto con tres mozuelos les pasa rozando, el primero les lanza un piropo y veo cómo el tercero extiende su mano y toca intencionadamente el trasero de una de las chicas. Quejas airadas y risas.